

161

BCT5

P3



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

135729

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DISCURSO PRELIMINAR.

§ 1.—La Lógica constituye una enseñanza interesantísima, y representa uno de los más soberbios monumentos levantados por la razón del hombre. Apareció con sus caracteres propios en la antigüedad clásica; durante la Edad Media, en el período escolástico de la Filosofía, fué cultivada con veneración, y proclamada enfáticamente la reina de las ciencias y de las artes; en nuestros días, después de atravesar un período en que fué tratada con desdén y en que se desconocieron sus servicios, se rehabilita, se completa y aspira á la suprema dirección del espíritu contemporáneo.

¿Quién no ha oído preguntar qué es la Lógica, y cuál es su utilidad? ¿Quién no se ha dirigido estas preguntas, y quién ignora las diversas respuestas con que se pretende resolverlas? Algunos, dejándose llevar de un entusiasmo poco meditado, hacen de la Lógica el único conocimiento de importancia, la creen la llave de oro de la ciencia, el rocío del cielo que hace brotar fragantes flores y maduros frutos en el erial de la inteligencia más infecunda. Otros, haciendo alarde de un desdén afectado y siempre injusto, no ven en la Lógica más que un dédalo de palabras altisonantes, un conjunto enmarañado de preceptos sutiles.

Según ellos la Lógica no es una ciencia, ni siquiera es un arte científico, no es el noble arte de investigar la verdad, sino el ruin artificio de la disputa: sirve para hacer triunfar la propia opinión, y no para decidir, entre varias aseveraciones, cuál es

la cierta; la acusan de formar más bien espadachines de la palabra, que denodados campeones de la verdad; la califican de arma de dos filos, cuyo manejo peligroso así puede herir al adversario como á la mano que la esgrime; de engañadora luz que así como puede guiarnos por la senda de la verdad, puede precipitarnos también en los múltiples despeñaderos del error.

No es este lugar el más á propósito para ocuparnos de formar un concepto exacto de la Lógica, por cuya razón, evitando arideces técnicas y pesadas fórmulas de escuela, nos limitaremos á decir que la Lógica forma parte de los conocimientos prácticos, de aquellos cuyo objeto explícito es enseñarnos á modificar los fenómenos de la Naturaleza, á encaminarnos en tal ó cual dirección. Sobrará quien encuentre extraño este aserto y pregunte sorprendido: ¿cuál parte de la Naturaleza es la que la Lógica reforma, y qué género de modificación quiere determinar en ella? á lo cual responderemos que sus reglas pretenden modificar nuestro espíritu, y concretando más, que quieren obrar sobre la inteligencia, una de las facultades más nobles de aquél, y precisando más todavía, diremos que la Lógica quiere enseñarnos á ejecutar bien una de las operaciones más importantes del entendimiento, la inferencia.

Esta operación, la más elevada de cuantas el espíritu ejecuta, la que le hace pasar de lo conocido á lo desconocido, la que le da bríos para romper el cerco estrecho de lo presente, sagaz mirada para descifrar el pasado y el don sublime de anticiparse al porvenir, constituye la parte esencialmente lógica de nuestra inteligencia; las otras operaciones intelectuales que ocupan á la Lógica, no son más que auxiliares de la inferencia ó medios de garantizarla.

No bastaría un volumen para hacer una enumeración completa de los prodigios que el hombre realiza, cuando infiere bien; las grandes conquistas de la ciencia, las maravillas del arte y los resultados felices de una práctica acertada, descansan esencialmente en inferencias legítimas.

Inferir lo desconocido apoyándonos en lo que conocemos: he aquí la parte esencialmente intelectual de las operaciones de nuestro espíritu. Sin ese alto poder, ¿de qué nos serviría el mayor acopio posible de conocimientos? ¿cómo podríamos ensancharlos? ¿cómo acomodarlos felizmente á la satisfacción

de nuestras necesidades? Sin la maravillosa luz de la inferencia, ¿cómo conocería el astrónomo el volumen de un astro, dados su paralaje y su diámetro aparente? ¿de qué modo conocería sin ella la disposición maravillosa de los mundos, y de qué arbitrio se valdría para medir las colosales fuerzas que mueven sus asombrosas moles? Inferir bien, fué lo que hizo el venerable Franklin, cuando, en la insignificante chispa eléctrica de los gabinetes, reconoció la miniatura del temible rayo. Cuando se decidió Colón á surcar las ignoradas ondas del Atlántico en pos de un nuevo mundo, una serie de inferencias plausibles le dió el brío esforzado que asombró á sus contemporáneos, y que aplauden las generaciones.

Si, dejando las olímpicas regiones de la ciencia, descendemos al camino trillado de la vida diaria; si de las cuestiones fundamentales del saber que interesan á la humanidad entera, pasamos á los problemas mucho más humildes, pero complexísimos y de vital interés para la persona, que plantean nuestros negocios cotidianos, no nos será difícil reconocer que también en este reducido campo impera la inferencia, y convencernos de que, semejante al sol, no sólo imparte su brillo en las altas regiones en que se cierne el águila, sino también en los hondos valles en que agita la mariposa sus tenues alas.

En efecto, sea cual fuere la cuestión que en la práctica nos preocupe, sólo una inferencia buena nos puede dictar la resolución acertada; que siendo médicos se nos confíen la salud y la vida de seres queridos, que abogados tengamos que sostener justos derechos, que hombres públicos contribuyamos á la buena administración de la sociedad; en todo caso, sólo apreciando exactamente los datos presentes, y basando en ellos inferencias buenas, podremos vencer dificultades de otro modo inamovibles, y sostener sin doblegarnos, cargos, que de otra suerte nos abrumarían.

§ 2.—Nada da á conocer mejor la importancia de las inferencias buenas, como considerar en qué consisten las que tienen este carácter. Hacemos una inferencia siempre que observando un hecho nos fundamos en él para esperar otro; si nuestra esperanza se realiza, la inferencia fué buena y nos condujo á la verdad; decir esto es hacer el mejor panegírico de la inferencia legítima, y es asegurar la capacidad de nuestro espíritu para representarse de antemano las cosas que van á suceder.

Dirigir nuestras inferencias, hacernos saber previamente si tenemos razón para esperar que se verifique un hecho, he aquí condensado en breve espacio el fin de la Lógica; he aquí la piedra de toque que debe servirnos para aquilatar su valor, y que nos impedirá incurrir en los nocivos extremos en que caen, tanto los que esperan de ella más de lo que puede dar, como los que le niegan toda utilidad.

Dos cosas implica toda inferencia, y de ellas sólo una puede dar la Lógica, estas cosas son: hechos bien observados, que sirven de base á la operación mental, y además, ciertas condiciones que deben llenar aquellos hechos para que sea válida la inferencia basada en ellos. Ilustraremos esta distinción con un ejemplo. Para que dado alguno de estos hechos: sección de un nervio, substracción del oxígeno del aire, pueda yo inferir que se presentará, según el caso, alguno de estos otros: parálisis del sentimiento ó del movimiento, extinción de la vida ó de la combustión, debo asegurarme que los primeros hechos tuvieron lugar, es decir, que el nervio fué cortado, que el oxígeno fué substraído; no basta esto, también se requiere que de antemano se hayan observado ciertos casos, en circunstancias tales, que se pueda asegurar que la desaparición del oxígeno es seguida de la extinción de la combustión, y que la interrupción del nervio lo es de la pérdida de la sensibilidad.

Ahora bien, de las dos cosas supuestas en toda inferencia, la primera, la que se refiere á la observación de los hechos que le sirven de base, no puede ser suplida por la Lógica, mientras que la segunda no puede efectuarse convenientemente sin ella. Cualquiera que sea la talla intelectual de un hombre y la profundidad de sus conocimientos lógicos, es imposible que haga buenas inferencias sobre un asunto que no conoce á fondo. Por muy observadora que una persona sea, y aun suponiéndola poseer muchos datos respecto de un asunto determinado, tampoco inferirá bien sobre él si ignora ú olvida los preceptos lógicos; por eso decían con tanta razón los escolásticos que la Lógica se ocupa de la forma y no de la materia de las cuestiones; es decir, que no puede suplir los datos especiales de un problema determinado, sino que se reduce á decirnos lo que se puede inferir de esos datos. ¡Cuánto se engañan, pues, los que esperan de la Lógica una especie de improvisación intelectual que nos haga discurrir sin datos ó con

un minimum de datos! Al contrario, los preceptos lógicos se aplicarán con mejor éxito cuando tengamos el maximum de antecedentes sobre el asunto de que se trate.

Con pretensiones de argumento sin réplica, contra la utilidad de la Lógica, suele decirse: que antes de aprender Lógica, los hombres razonan y no siempre mal; que ciertas personas nos sorprenden con sus razonamientos acertados, aun cuando no hayan abierto nunca un libro de Lógica, ¿se podrá concluir de aquí que esta materia es inútil? De ninguna manera, la Lógica no promete dotarnos de facultades nuevas, sino simplemente dirigir bien las que poseemos, y si alguien razona bien sin conocer los preceptos lógicos, mejor razonaría si los conociese.

Para averiguar lo que vale otro argumento altisonante asaz esgrimido contra la Lógica, nos es fuerza hacer siquiera una breve reseña histórica de este conocimiento importantísimo.

* * *

§ 3.—Cuatro siglos antes de nuestra era brilló en Grecia un hombre de inteligencia esclarecida que sistematizó el antiguo saber, y que posee indisputables derechos á ser considerado como el fundador de la Lógica; este hombre fué Aristóteles. En su admirable *Organum* se halla trazada con admirable precisión una doctrina completa sobre el modo deductivo de inferir; el que cultiva la Lógica tiene que tributar más de una vez entusiastas aplausos á ese poderoso genio de la antigüedad, al glorioso descubridor de las formas silogísticas.

§ 4.—La Lógica aristotélica, conservada por la escuela de Alejandría, y por los comentadores árabes, fué el precioso legado intelectual que la antigüedad trasmitió á la Edad Media; ella fué el alma de la Filosofía escolástica, esa transacción pasajera de la ciencia y de la teología; la Lógica aristotélica daba vida y calor á las Universidades, nutría la inteligencia de los doctores de la escuela, entre los que descollaron las prominentes figuras de Alberto el Grande, de Duns Scott, y de Santo Tomás de Aquino; la Lógica aristotélica, con su exacta división en partes, con su admirable exposición metódica, con sus proposiciones terminantes y sus voces llenas de significación, disciplinaba los espíritus, daba precisión á las lenguas

modernas y preparaba el advenimiento de la verdadera ciencia. Llegó el siglo XVI, brillante aurora de los tiempos modernos, época admirable en que comenzó el movimiento de transformación, cuyas postreras sacudidas sentimos aún; los Ramus, los Bacon, levantaron su enérgica voz contra la tiranía de Aristóteles. El inmortal canceller inglés abrió á la inteligencia otros senderos, quiso darle otra Lógica, perfeccionarla con un *Novum Organum*, señaló la experiencia como la única fuente del saber, denunció la imperfecta inducción que los antiguos conocieron, prodigó relámpagos de verdadero genio, ostentó las riquezas de su imaginación maravillosa, y si en verdad, no dió una Lógica nueva como lo pretendía, depreció el valor de la antigua, y minó el trono secular en que se sentaba el Estagirita.

§ 5.—También el siglo XVII asestó á la Lógica aristotélica rudos golpes. Si á la verdad fué el ataque menos agrio, menos impetuoso, menos impregnado de encono, quizá en el fondo fué de mayor alcance. El gran fundador de la Lógica no fué cruelmente vilipendiado; las injurias baconianas no se repitieron. Descartes, el insigne renovador de la doctrina y del método filosóficos, no malgastó el tiempo en lanzar á los antiguos sangrientas diatribas; mas señalando la evidencia como único criterio de verdad, tendió á menoscabar el crédito del procedimiento silogístico y á envolverle en el negro manto del olvido. Reconocía en verdad la inmensa importancia de la operación deductiva; pero al mismo tiempo establecía como acto predominante de la inteligencia la intuición, que de un solo golpe nos revela los primeros principios, que deposita en la inteligencia los gérmenes de la verdad, que arraiga en nuestra mente el árbol frondoso del saber.

¿Es de extrañarse después de esto, el marcado menosprecio con que los sucesores del gran filósofo francés vieron la gigantesca concepción aristotélica? Emancipados por Descartes, del pasado yugo del Estagirita, poseyendo á lo que creían un método de más alcance que el del pensador griego, ¿podrían, como sucedía antes, ver en el *Organum* la *Biblia* filosófica, el libro inspirado que debía citarse mas nunca discutirse, cuyo texto debía comentarse mas no ponerse en duda, el libro extraordinario cuyas frases dirimían todas las cuestiones sin ser jamás objeto de ellas?

No es, pues, extraño que Arnauld y Nicole, los cartesianos acérrimos, los polemistas incansables, escribiesen con tanta ligereza el memorable *Arte de pensar*, no es sorprendente que se vanaglorien de haberlo compuesto en cinco días, ni que nos revelen que una apuesta fué la fútil causa determinante de ese libro notable, que se destinó á iniciar al duquesito Henry de Chevreuse en los misterios de la ciencia peripatética.

Creyendo poseer el hilo misterioso que los guiase en el laberinto de la metafísica, y preocupados con la ruidosa disputa entre jansenistas y molinistas ¿juzgarían de mucha importancia dar á conocer doctrinas lógicas de cuya eficacia no estaban convencidos? habrían creído perder el tiempo, empleando meses en montar aquella máquina intelectual cuando carecían de fe en la excelencia de sus productos. No le falta razón á Barthélemy de Saint Hilaire para asegurar, que en la presteza con que los solitarios de Port Royal escribieron su lógica, se vislumbra ya el siglo XVIII.

§ 6.—Los prodigiosos descubrimientos científicos que Galileo, Képler y Newton llevaron á cabo, realzando el esplendor intelectual del siglo XVII, dieron el golpe de gracia á la antigua Lógica; vinieron á justificar las amargas recriminaciones de Ramus que por primera vez le arrojó el guante, acusándola, desde el reinado de Francisco I de ser inhábil para sugerir descubrimientos; vinieron á robustecer aquella gloriosa aseveración de Bacon, que sólo en la observación y en la experiencia se pueden asentar los conocimientos sólidos. La hipótesis cartesiana de los torbellinos, derribada por la doctrina de Newton, desacreditó del todo el criterio de la evidencia en la vasta extensión de la Filosofía Natural.

Desde entonces el cartesianismo se ha atrincherado en los augustos dominios de la Filosofía Moral, de donde es de creerse lo desaloje no muy tarde el método científico.

Nada pudo contener ya el torrente que se desbordó desde entonces contra la Lógica de la Escuela, inútiles fueron para contenerle los esfuerzos de Leibnitz, esforzado atleta de la inteligencia, que no obstante su marcado color cartesianista, esgrimió fuertes armas en pro de Aristóteles, abandonado por Descartes, y á quien se limitaron á reproducir, si bien anotándolo, los cartesianos de Port Royal.

§ 7.—La corriente del pensamiento humano abandonó, pues,

desde el siglo XVII, el hondo cauce aristotélico, Locke, el autor del admirable *Ensayo sobre el Entendimiento Humano*, continúa la cruzada anti-escolástica. Los pensadores del siglo XVIII siguen por la misma senda. El circunspecto Tomás Reid funda la escuela escocesa, que también se divorcia del autor del *Organum*. Su elegante continuador Dugald Stewart ocupa su bien dotado espíritu en evidenciar los inconvenientes de la Lógica escolástica. Por último, el criticismo de Kant, cerrando con llave de oro la filosofía del siglo XVIII, priva á la Lógica silogística del dudoso arrimo que le ofreciera el método cartesiano.

Al comenzar el siglo XIX, la Lógica aristotélica, convertida en gigantesca ruina, llenaba de escombros el vasto campo de la filosofía. Vanas han sido las tentativas de los escolásticos de nuestros días para reparar aquel edificio carcomido, para ensancharlo á fin de que pueda alojarse en él el amplio criterio que norme la marcha del espíritu contemporáneo. ¡Inútil esfuerzo! El plan primitivo del edificio era raquítico, su eminente arquitecto sólo se ocupó de alojar en él el aspecto deductivo de la inferencia que saca consecuencias de principios reconocidos como ciertos, sin inquirir el origen de esos principios.

§ 8.—Más vanas todavía han sido las tentativas ejecutadas para reemplazar la construcción aristotélica, cambiando absolutamente de plan, desentendiéndose del todo de los materiales reunidos por aquel genio organizador que se llamó Aristóteles; informes bosquejos, monstruosos sistemas sin armonía en las partes, sin fijeza en los límites, es lo que han podido producir en sustitución del compacto todo aristotélico, los pensadores que han roto el hilo de la tradición. ¿Qué es la lógica de Hegel, efímera eflorescencia del pensamiento kantiano, sino caos tortuoso, sin principios firmemente asentados, sin consecuencias terminantes y vigorosamente deducidas? Hamilton ¿creó por ventura algo duradero, cuando quiso fundir en un solo credo filosófico, el criticismo con el sentido común de Reid? ¿Puede saciar la sed de certeza que experimenta el espíritu moderno, el criterio indeciso de los eclécticos, para quienes obtuvo pasajero triunfo la nerviosa dicción de Victor Cousin?

Había transcurrido el primer tercio del siglo XIX, y no se

había efectuado una reforma estable en los estudios lógicos, no había surgido un pensador que representase en nuestros días el papel egregio que en la antigüedad desempeñó Aristóteles, que definiere y preceptuase los medios variados á que recurre el espíritu contemporáneo para garantizar la verdad del conocimiento. El silogismo, esta maravilla de los escolásticos, era el blanco de crueles sarcasmos y de certeras objeciones; se le acusaba de no ser más que una petición de principio, de envolver un sofisma sutilísimo, se le declaraba incapaz de hacernos adquirir conocimiento alguno nuevo, sin que entre sus defensores hubiese alguno que le descargase de tan graves acusaciones. ¡Cambio singular en el modo de ver las cosas! aquellas ocho reglas aristotélicas, que en el siglo XV se juzgaban la quinta esencia del saber lógico, el fuerte escudo que protege al espíritu contra las sutiles saetas del error, habían llegado á considerarse como la cuna de la falacia más peligrosa que puede engañar la inteligencia del hombre.

§ 9.—Por otra parte, sin discurrir en forma silogística, las ciencias habían logrado prodigios que contrastaban con la infecundidad del método escolástico. Los pensadores se aficionaban, pues, más y más á ese modo maravilloso de inferir, con cuyo auxilio el sabio asienta verdades estupendas; mas ningún filósofo había logrado todavía estudiar en abstracto, é independientemente de sus aplicaciones, esos métodos admirables que sirven á la ciencia para fundar tan sólidamente sus asertos. Se había producido alguno que otro trabajo notable en ese sentido, como por ejemplo: *Las Regule Philosophandi* de Newton, y el *Discurso sobre el estudio de la Filosofía Natural* de Sir John Herschell, mas no se había emprendido una obra de conjunto. El cadáver de la lógica aristotélica no se había reanimado á influjo de la poderosa vitalidad del método científico; todos anhelaban una lógica nueva á la altura del saber contemporáneo, que comprendiera todos los medios de que disponemos para llegar á la verdad, que así justificara las inferencias matemáticas como las sociológicas, que así dirigiera al filósofo en las cerúleas regiones de la especulación, como al hombre práctico en el teatro accidentado de la acción.

§ 10.—Barthélemy de Saint Hilaire, comprendiendo la falta de semejanza lógica, desalentado al contemplar las infructuosas tentativas que se habían hecho para construirla, se resigna á